

EL CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Labores, Teatros y Modas.

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Episodio histórico, por don A. Pirala.—Pregunta y Respuesta [Balada], por don E. Hernandez.—Quien escucha, su mal oye, por doña Angela Grassi —Marta la orgullosa, por don Ignacio Virto.—Reseña musical, por don Antonio Arnao.—Modas, por doña Aurora Perez Miron.—LAMINA: *Figurin de detalles.*

EPISODIO HISTÓRICO.



UNA mujer de talento, que no debe ser desconocida de nuestras lectoras, Mdme. Lenormand, á la que debe la historia tan curiosos é importantes detalles, acaba de dar una nueva muestra de su gran capacidad, mostrándonos á Mdme. Staël, durante su lucha con el emperador Napoleon I, cuando desterrada en Coppet recibia incesantes y merecidos homenajes de augustos amigos. Desde allí seguia una interesantísima correspondencia con Mdme. Lenormand, que la ha proporcionado publicar curiosísimas anécdotas; pudiendo verse por ellas, una vez mas, la parte que suele tener, muchas, ó las mas de las veces, la mujer, en los sucesos que tanta influencia han ejercido en el porvenir de los pueblos y en el de la humanidad.

Se trata además de mujeres de gran talento, que han dejado un nombre célebre, que vivirá lo que el mundo, y se comprende así fácilmente la gran parte que les corresponde en muchos acontecimientos, provocados quizá por ellas; y esto no puede ser indiferente nunca á la mujer.

Al casarse la señorita Necker en 1786 con el baron de Staël, ministro de Suecia en París, se aseguró por este matrimonio un rango elevado y una existencia pacífica en un reino extranjero; pero amaba mucho á la Francia, y fueron precisos ocho años de luchas y de persecucion para decidirla á abandonar su patria é ir á buscar un asilo en Suecia.

Napoleon I fué quien nubló la existencia de esta mujer tan justamente célebre, de esta mujer fascinada al principio por el génio del Emperador á su aparicion en el mundo político, adivinando en el general Bonaparte aquel amor excesivo á la gloria, que debia dominar y romper su vida. Vióle en 1797 por primera vez cuando al volver de Italia iba á partir á Egipto. Entonces cuenta ella en sus *Consideraciones sobre la revolucion francesa*, la larga conversacion que tuvo con él para disuadirle de invadir la Suecia, y la negativa que esperimentó, pudiendo evidentemente hacer remontar á este tiempo la primera impresion desfavorable del futuro emperador.

Cuando éste volvió, al derrivar el directorio y restablecer el orden, Mdme. Staël y Mr. Necker fueron los primeros á alarmarse de esta revolucion necesaria, que á sus ojos debia ser en provecho de la tiranía de uno solo y en detrimento de la libertad. Madame Staël admiraba aun sin reserva á este grande hombre, del que decia en una carta á Mdme. Recamier, con motivo del paso del monte de San Bernardo: «Bonaparte ha subido á pié el monte de San Bernardo como un simple soldado; este hombre tiene una voluntad que subleva al mundo y á él mismo: su cólera es poderosa. Ha sobrepujado dificultades inusitadas. Ha preferido, creo, superar lo mas escarpado, porque me parece ver sobre el mapa que podia escoger pasos mas fáciles.»

Todo cambia bien pronto: el primer cónsul se incomoda de las *últimas miras políticas* de Necker, irritándole las conversaciones muy libres del salon de Mdme. Staël, la influencia que se la atribuia siempre sobre el tribunado, la oposicion de la baronesa; y veinte de los miembros de este cuerpo político, la mayor parte sus amigos, fueron eliminados, y bien pronto

se vió seriamente amenazada Mdme. Staël, hasta que fué desterrada en Diciembre de 1803. Escribe en seguida al cónsul en términos que no disimulaba el asombro que la causaba este rigor: intervinieron por ello inútilmente Luciano y José Bonaparte, y tuvo que marchar á Alemania con sus dos hijos y Benjamin Constant; «viendo en este viaje una ocasion de vengarse en cierto modo del ultraje que la hacia el primer cónsul, con los triunfos que la esperaban en el extranjero.»

Admirablemente recibida fué en efecto en la corte de Weimar, donde la llegada de una señora francesa precedida de la mas brillante reputacion literaria era naturalmente un suceso notable. La gran duquesa la acogió como una amiga, y Schiller la festejó. Viaja por Alemania é Italia, se fija en Coppet, reuniendo allí cuanto podia agradarla y dulcificar su alejamiento de París; organiza un teatro, cuyos principales actores fueron Mdme. Recamier y los señores Sakan y Constant, y se consagra á la vez asiduamente al estudio.

Entonces compuso su libro de *La Alemania*, que exaspera á Napoleon; destierra éste á Monmorency y á Mdme. Recamier, y la baronesa tiene que marchar á Rusia, para ganar la Suecia, despues la Inglaterra y regresar al fin á París con los Borbones. Los cien dias hicieron volver á Mdme. Staël al destierro, mas esta vez fué voluntariamente, y sintiéndolo el emperador, la hizo saber por José, que podia regresar con seguridad. Pero permaneció en Italia, donde casó á su hija en 1816 con el duque de Broglie, marchó á Coppet, y despues pasó bien lánguidamente un invierno en París, donde murió el 14 de Julio de 1817 á la edad de 51 años.

La correspondencia en que con interesantes pormenores se refieren los sucesos, que solo hemos extractado ligeramente, da grande luz á la historia, y es particularmente muy notable un incidente entre la gran duquesa Luisa, la constante y tierna amiga de Mdme. Staël, con Napoleon, al dia siguiente de la batalla de Jena, que cita Thiers, aunque sin detalles.

El emperador se dirigió sin detenerse á Weimar; una poblacion espantada se apiñaba á las inmediaciones del palacio donde habia quedado la duquesa Luisa, la única de toda la familia soberana. Napoleon retumba como el trueno; al fin de la grande escalera, una mujer se ofrece á las miradas del vencedor irrito y fatigado.

—¿Quién sois, señora? la pregunta.

—La duquesa Luisa.

—En ese caso, os compadezco, porque destituiré á vuestro marido.

A pesar de la rudeza de estas palabras, la duquesa volvió al otro dia á ver al emperador. Guardando

su tranquila dignidad no le habló mas que de los intereses de sus súbditos. Al fin de la entrevista, la dijo el emperador:

—Creedme, señora, hay una providencia que lo dirige todo, y yo no soy mas que su instrumento.

Cuando se retiró la duquesa, admirado Napoleon de la sangre fria y de la nobleza de la actitud que ella habia observado, dijo á los oficiales que le rodeaban:

—Ved una mujer á la que no han intimidado mis doscientos cañones.

A. PIRALA.

LITERATURA.

PREGUNTA Y RESPUESTA.

BALADA.

En tanto trisca y pace diligente
En el soto y el monte su ganado,
Lesbia bate del Ebro la corriente
Con el cayado.

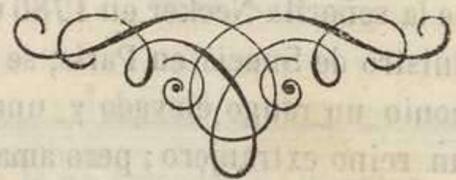
—¿Dónde—la dice desde el bosque umbrío,
Una paloma levantando el vuelo—
Si el cristal quiebras del undoso rio,
Se verá el cielo?

—Porque—responde Lesbia—cuando un dia
Aquí de Anfriso el juramento oiste,
De amor eterno y ciega idolatría,

No le dijiste:

«¿Dónde, si prende de tu lábio amante
En su pecho la llama destructora,
Copiará la inocencia su semblante,
Su luz la aurora?

ENRIQUE HERNANDEZ



QUIEN ESCUCHA, SU MAL OYE.

Victorina era una jovencilla de catorce años, dulce, modesta y buena, pero oscurecía tan bellas cualidades un gravísimo defecto. Fuese escésiva timidez, fuese escésivo amor propio, era desconfiada hasta lo sumo, y siempre se la hallaba escuchando detrás de las puertas, siempre dirigía en torno suyo miradas recelosas, ó prestaba una ávida atención á la mas insignificante seña, á la mas indiferente palabra, si era pronunciada en voz baja y con aire de misterio.

Era hija de un labrador de San Celoni, risueña villa de Cataluña, el cual aunque solo había heredado de sus padres un campo y una viña, como era muy activo, inteligente, y honrado, y había tenido la suerte de casarse con una mujer tan activa y tan laboriosa como él, había sabido crearse una regular fortuna, que le permitía dar á sus dos hijos Victorina y Claudio, todas aquellas gratas satisfacciones que proporciona un desahogado bienestar.

Pero á pesar de esto, á pesar de ser el ídolo de sus padres y de su hermano, á pesar de la preferencia que la otorgaban casi siempre sus jóvenes amigas, por su instrucción y sus amables prendas, Victorina estaba muy lejos de ser feliz.

Pasaba todo el día turbada é intranquila, espionando siempre la palabra que debía herirla; toda la noche llena de sobresalto, levantándose á menudo para ir á escuchar á la puerta de su cuarto.

Si estrenaba un traje, y las sencillas gentes del pueblo la miraban, creía que era para motejarla; si estaba en el baile los domingos, y los jóvenes se sonreían, creía que era para burlarse de su torpeza, y como la primera víctima de una culpa, sea la que quiera, es el culpable mismo, no gozaba ni un instante de sosiego.

Hasta en su hermoso rostro, mostraba la huella del secreto tormento de su alma, porque no tenía la expresión cándida y risueña de las otras niñas de su edad.

A veces, triste y desalentada por lo que había creído oír, se alejaba de sus amigas, é iba á pasear sola por las deliciosas alamedas que rodean el pueblo, y entonces vertía á escondidas un torrente de amargas lágrimas. Otras, cuando no podía desahogarse así, permanecía días y días, mística y cabizbaja, sin querer pronunciar ni una palabra.

Por mas que su buena madre la hubiese demostrado mil veces toda la fealdad y hasta la insensatez de este vicio, por mas que le hubiese ocasionado mil disgustos con sus amigas, Victorina que era buena, y hacia buenos propósitos de enmendarse, no tenía sin embargo bastante fuerza de voluntad para saber corregirse, ó tal vez no se lo pedía de todo corazón á la Virgen salvadora.

—Obra bien, la decía su madre, y no temas el juicio de los demás.

—Es pecar contra la caridad, la decía el buen cura del pueblo, pensar siempre mal de nuestro prójimo; y da indicios de un alma ruin, quien solo ve ruindad y mala fé en torno suyo.

A pesar de estos excelentes consejos, Victorina fué creciendo, y como no había sabido combatirlo desde el principio, con ella fué creciendo su feo vicio.

Sin embargo, á la sazón parecía que su demonio familiar la hubiese abandonado.

Pablo, el mas bello y el mas rico de sus jóvenes compañeros de infancia, la había dado la preferencia entre todas, escogiéndola por esposa.

El matrimonio estaba acordado entre ambas familias, y solo aguardaban á que los contrayentes tuviesen alguna mas edad, de modo que, lo que sucede rara vez en el mundo, era al mismo tiempo de amor y conveniencia.

Victorina estaba tan orgullosa y tan satisfecha con el amor de Pablo, le amaba tanto, estaba tan absorpta pensando en él, que por algun tiempo se olvidó completamente de sí misma, y como había abandonado su actitud inquisitorial y recelosa, parecía á todos doblemente bella, doblemente amable.

Una tarde de verano, era al anochecer, acababa de cerrar la puerta del corral, abierta para franquear el paso á las alegres ovejas que volvían del pasto, cuando vió aparecer entre el follaje á dos señoras forasteras.

Fatigadas sin duda del paseo, sentáronse ambas debajo de una encina, y allí prosiguieron con calor una conversacion ya comenzada.

Hablaban tan bajo, que aunque la encina estaba cerca, la joven no podía percibir ni aun el murmullo de sus voces.

Despertóse vivamente con esto su curiosidad, y pareciéndole que las dos señoras señalaban su casa con aire de misterio, ya no dudó que se trataba de ella.

Sin embargo, luchó con valor algunos instantes contra su malhadado instinto, pero sucumbiendo al fin á la tentación, se dirigió de puntillas hácia ellas, y ocultándose á veces entre el follaje, arrastrándose otras y reteniendo luego el aliento, pudo llegar por fin hasta la encina, en donde permaneció acurrucada entre la espesa hojarasca.

—No hables tan alto, dijo la mas anciana de las dos señoras, aseguran que las paredes oyen, cuánto mas fácil es que oigan las peñas y los matorrales.

—Ha sido el aire, respondió su compañera echando una mirada á la desierta llanura.

Victorina temblaba como la gota de rocío oculta en el cáliz de las flores. ¡Qué vergüenza para ella, si hubiese sido descubierta!

Pero por fortuna las dos señoras, completamente

tranquilizadas con su exámen, prosiguieron su interrumpida conversacion.

Te digo, Isabel, que es una historia horrible: esa niña tan bella y que parece deber ser tan dichosa, está amenazada á la vez de todas las desventuras. Créeme, lo sé muy bien, y por desgracia no tardará la justicia en saberlo tan bien como yo.

Al ver el despilfarro de su casa, todos murmuran en el pueblo, y sin embargo ignoran aun cuál es la vergonzosa fuente de donde dimanen sus riquezas.

Ya ves, antes solo poseia un campo y una pequeña viña, ahora todo ese inmenso terreno que está al lado del rio es suyo, y además tiene dos yuntas y un numeroso rebaño. Tambien le pertenecen esas ovejas que acaban de pasar, y de cuya leche has querido beber, ordeñándola tú misma. Sí te digo que es muy rico!...

—Pero con tanto hablar, aun no me has revelado lo principal, cómo ha adquirido esos bienes.

—Es que me da miedo y horror solo el decirlo. Ese hombre es peor que un bandolero; porque éste se lanza al camino real y comete sus delitos arriesgando su existencia.

No ves cómo se repiten los robos en esta pacífica comarca? Robos á veces hasta sacrílegos, porque han despojado algunas iglesias, y otros teñidos de sangre, porque ha sido preciso verterla para que sus autores no fueran descubiertos!.. Pues bien, existe una compañía de malhechores, formada por personas de este mismo pueblo que tenemos por honradas, y él es su capitán....

—Pero lo sabe su mujer?...

—Y su hijo mayor tambien. Los dos están en el secreto. ¿No te ha chocado ese casamiento tan prontamente decidido? Es que el futuro esposo es uno de los cómplices, y los desdichados se hallan á su merced. Cuando se entra una vez en la carrera del crimen, es preciso recorrerla hasta el fin... De manera que esa pobre niña es el lazo que debe unir entre sí á los infames asociados, y asegurar mutuamente su silencio. Hija de padres criminales, esposa de un hombre mas criminal aun, porque segun se susurra, él es el mas osado y endurecido, cuál es el triste porvenir que la espera!... Porque Dios permite el mal, pero al fin se cansa.... Ahora el dinero hace enmudecer á la justicia, pero dia vendrá en que los hombres de bien se levanten en masa y les griten: ladrones, asesinos!...

Su amiga se sonrió tristemente.

—Por fortuna, dijo, todo esto no llegará á suceder. La pobre niña está enferma del pecho. ¿No has reparado en la roseta encarnada de sus mejillas? El médico lo ha dicho: está tísica, y poco tendrá que sufrir en este mundo, porque ese mal no perdona....

—Tanto mejor, exclamó su compañera, tanto mejor, porque ese hombre no la ama; solo se casa con ella para convertir á sus cómplices en esclavos, y

quién sabe el mal trato que la dará!.... Quizás si se ve descubierto, la arrastrará consigo á los bosques, y ella tan delicada tendrá por habitacion una cueva, y por lecho una dura piedra.

Pero vamos, la noche se acerca, tengo frio.

Ambas se alejaron.

Victorina no las vió partir, porque estaba desmayada.

Llegó la hora de la cena, y su madre, que la aguardaba con inquietud hacia mucho tiempo, prorumpió en gritos de espanto al ver defraudada su última esperanza.

Asustados á su vez su padre, su hermano, Pablo y los criados, corrieron en distintas direcciones para buscarla, y por fin quiso el cielo que la hallasen todavía sin sentido debajo del árbol.

Cuando Victorina volvió en sí, cuando se vió rodeada de todos aquellos seres, tan queridos y venerados algunos momentos antes, se levantó galvanizada por el terror, y corrió á refugiarse en el otro extremo del aposento, pero al llegar allí la faltaron las fuerzas, y cayó en los brazos de Pablo, que se habia abalanzado á sostenerla.

—Dios mio! qué te ha sucedido? exclamó su madre fuera de sí.

—Victorina, Victorina, decia Pablo estrechándola contra su corazon, ¿qué es esto, amada mia?

Pero los brazos de Pablo parecian á la desdichada niña los helados brazos de la muerte, y se revolvía desesperadamente, sin poder sustraerse á su presión.

—Dormir! quiero dormir! murmuró con voz ronca.

Llevaronla á la cama, pero ni aun allí pudo verse libre de aquellos cuya presencia la horrorizaba.

Su madre se instaló á su cabecera, su hermano y Pablo permanecieron en el fondo del aposento y velaron toda la noche.

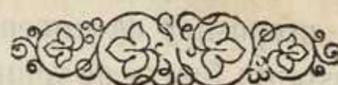
Victorina sentia oprimido su corazon con una losa de mármol: hubiera querido ser ciega para no ver aquellas figuras de bandidos que rodeaban su lecho: hubiera querido ser sorda para no oír el murmullo de sus voces.

Cada vez que alguno de ellos se acercaba á darla algun calmante, creia ver la sangre que chorreaba de sus manos.

Oh! qué noche tan espantosa fué aquella para la pobre niña!

(Se concluirá.)

ANGELA GRASSI.



MARTA LA ORGULLOSA.

[Tradicion escandinava.]

No sé si lo que voy á referir lo he leído en alguna parte ó lo he oído contar á alguien: lo que puedo asegurar es que desde niño conozco la tradicion de Marta la orgullosa, y que siempre ha impresionado vivamente mis sentidos. No me prometo narrarla con todos sus pormenores y circunstancias, tal como lo haria una vieja del pais, porque no me ayuda tanto la memoria; pero si en la forma varía algun tanto, no vacilo en afirmar que en el fondo es la misma leyenda, que seguramente oiríais contar si fuéseis á Suecia ó Noruega. En todo el Norte, y principalmente en el pais que baña el golfo de Finlandia, es muy comun esta tradicion, y no hay niño que no la sepa, ni abuela que no se la cuente á sus nietos en las largas noches de invierno, cuando el frio de aquellas regiones obliga á la familia á agruparse en torno del hogar, y bien seguro es que muchos niños se quedan descoloridos y se cogen con cierto pavor á las faldas maternas pensando en el trágico fin de la protagonista.

Marta era hija de unos labradores tan honrados como pobres, y desde su mas tierna edad dió muestras de una extraordinaria hermosura. Eso la perdió! Sus padres, que no tenían mas hijos que Marta y un hermanito menor, tan negrusco y feo como aquella era blanca y hermosa, pusieron todo su cariño en ella, y la mimaron tanto, que á los ocho años era la verdadera dueña de la casa, y todos se miraban en sus ojos, como suele decirse. Los padres, con un ciego cariño mal entendido, no permitian que pusiera mano á nada, y se privaban hasta de lo mas preciso para comprarla diges y adornos. La niña creció escuchando un dia y otro:

—Qué hermosa es Marta!

Y esto la enorgullecía tanto, que se creía que el mundo todo se habia hecho para ella.

Además de su orgullo, Marta daba pruebas de tener mal corazon. Muchas veces veía á su tierno hermanito fatigado bajo el peso de alguna carga de leña, desproporcionada para sus fuerzas, y nunca se la vió dar señales de compasion, ni jamás le dijo:

—Dáme, y la llevarémos entre los dos.

Los padres no veían nada de esto, y continuaban prodigándola mimos, y comprándola diges.

A medida que iba creciendo se conocía que la disgustaba la humilde cabaña de sus padres; y en las miradas que lanzaba á las que iban mas compuestas que ella, se leía la envidia que roía aquel tierno corazon.

Los padres comprendieron esto, y determinaron enviarla á la ciudad cercana, en donde conocían una familia acomodada, que siempre les habia protegido,

y que se ofreció á tener á Marta mas bien como amiga que como criada de una hija que tenían de la misma edad.

Marta fué ataviada con su mejor traje y conducida á la ciudad por su padre, que la dejó medio lloriqueando, porque el pobre viejo queria mucho á su hija, y estaba tan orgulloso como ella de su hermosura.

Al principio todo fué bien: Marta figuró en teatros y paseos al lado de la rica niña en cuya casa estaba, y se dejó embriagar por aquella atmósfera de lujo y magnificencia.

Donde quiera que iba con su amiga oía decir:

—Qué lindas niñas!

—Sobre todo la rubia!

La rubia era Marta, que no necesitaba oír tanto para henchirse de orgullo.

Al mes habia olvidado á sus padres. Sucedió que un dia, hallándose con otras niñas en una fiesta que se daba en el jardin de la casa donde moraba, le dijo un criado:

—Ahí está vuestro padre.

Y efectivamente, el buen viejo se dirigia con los brazos abiertos y los ojos húmedos de lágrimas á abrazar á su hija.

Marta se puso como una amapola, porque su padre venia vestido pobremente, y quiso esconderse entre sus compañeras.

El padre buscó entre todas á su hija, y la abrazó sin reparar en que la niña procuraba evitar que el anciano le ajase los lazos del vestido.

Otra vez fué con la familia de sus bienhechores al pueblo donde habia nacido, y en el dia que allí permaneció, apenas habló á su madre ni saludó á ninguna de sus antiguas amigas.

Hacia como cosa de un año que estaria en la ciudad, cuando una noche en que se hallaban al hogar los padres de Marta, sonó un recio golpe á la puerta de la cabaña.

Abrieron... y era Marta con un criado!

Éste tomó la palabra y dijo:

—Mi amo me encarga que les traiga á Vds. esta niña, porque ha reñido con la señorita y no puede permanecer mas en casa. Mi amo aconseja á Vds. que la crien mejor, porque tiene muy malos sentimientos; y si no lo hacen así, dice que les va á dar mucho que sentir.

Y diciendo esto se marchó, dejando á los viejos como petrificados.

Sin embargo era tal la ceguedad de su cariño, que exclamó la madre:

—Malos sentimientos! ¡Qué es mas hermosa que su hija y la tienen envidia!

—Tienes razon, añadió el padre.

Y se pusieron á abrazar á Marta, que no decia palabra.

Inútil es decir que aquella noche no durmió la niña.

Por la mañana muy temprano se fué el padre á trabajar con el pequeñuelo, que llevaba al hombro un azadon mas pesado que él, y á eso de las diez de la mañana dijo la madre á Marta:

—Mira, hija, me siento mala.... toma este pan y estas cebollas y llévaselas á tu padre.

Y le alargaba un pan negro y duro y unas cebollas medio secas.

La niña se puso descolorida... ¡Llevar ella al campo aquel pan tan negro y con un sol tan ardiente!

—Qué! te negarias?... dijo la madre.

—No señora, es que...

—Pues toma.

Marta cogió el pan medio llorando de rabia, y al salir de la cabaña iba tan ciega que lo dejó caer al suelo y fué rodando gran trecho.

Su madre lo recogió diciendo:

—Lleva cuidado, hija, que el pan es bendito!

Y al dárselo lo besó.

Al llegar Marta á la plaza vió á sus antiguas compañeras que la miraban sonriendo y se hablaban en voz baja.

Al verse con aquel pan negrusco en la mano, siendo quizás objeto de las burlas de las mismas á quien habia despreciado en otro tiempo, se dejó llevar de un arranque de ira, y arrojando el pan al suelo se puso á pisotearlo exclamando:

—¡Maldito sea!

En aquel momento se abrió la tierra bajo sus piés y desaparecieron Marta y el pan.

Todo era tinieblas. Marta bajaba y bajaba, siempre con el pan pegado á los piés, sintiéndose precipitada en un vacío inmenso. Al fin pasó junto á una puerta de siniestro aspecto, atado á la cual habia un enorme perro de dos cabezas. Desde fuera se oían gritos espantosos.

Abrióse la puerta y apareció la suegra del demonio, vieja endiablada y horrible si las hay, como el parentesco deja fácilmente presumir.

La vieja, cuya voz era parecida al sonido estridente de una carraca, asió con su descarnada mano á la atemorizada Marta, y la hizo entrar diciendo:

—¡Ven acá, buena alhaja! Al fin has caido en mis manos.

Y se llevó á la niña por unas cuevas horrorosas, hasta que llegó á la mas hedionda, y allí la dijo:

—Aquí quedarás para siempre, sufriendo el martirio que te preparo.

La vieja dió un soplo, y Marta quedó como petrificada: parecia que la habian cargado de pesadas cadenas. Bajo sus piés yacía aun el pan pisoteado por ella, que despedia un gemido lúgubre, como si repitiera...

—¡Maldito seas!

Frente al rostro de la niña habia una charca sucia y llena de asquerosos insectos, á pesar de lo cual era trasparente y se reflejaban en ella los objetos como en un espejo. Marta se miró, y quiso lanzar un grito de dolor... pero no tenia voz!

Habia sido convertida en una estatua.

Lo que veia Marta no era un rostro humano, era un conjunto horroroso de cuanto mas feo puede imaginarse. Sus sedosos cabellos se habian convertido en ásperas crines; su nariz era horrible, su boca espantosa... era un mónstruo.

—Estabas orgullosa con tu hermosura, chilló la vieja, pues serás fea! ¡Já! ¡já! ¡já!

A aquella risa que hubiera helado la sangre de un ser humano, acudieron mil fantasmas horribles, todos alados, que revolotearon alrededor de Marta, diciendo:

—¡Fea!

—¡Horrorosa!

—Así estarás por los siglos de los siglos, dijo la bruja, á menos que una niña de tu edad se acuerde de tí y te salve con sus oraciones.

Y la vieja y su comparsa de fantasmas desaparecieron.

Así pasaron muchos años. Los padres de Marta habian muerto, y los hijos de aquellos, en cuya época habia tenido lugar la desaparicion de la niña, señalaban, haciendo la señal de la cruz, el sitio de la catástrofe, que en un principio hicieron regar con agua bendita.

Aun pasaron mas años.

Sucedió que en un pueblecito de la costa finlandesa vivia una viuda, casi una santa, que tenia una hija de ocho años llamada Federica, nombre muy comun en todo el Norte.

La madre la hacia rezar todas las noches, y en una de ellas, despues de los rezos acostumbrados, le contó la historia de la infeliz Marta.

—¿Y qué seria de ella? preguntó la niña.

—Hija, estará condenada.

Desde aquella noche empezó á rezar Federica por la desgraciada Marta.

Y pasaban dias, y Federica no cesaba de rezar por aquella niña, perdida por su orgullo.

Una enfermedad epidémica diezaba por aquella época las costas del Báltico.

Una tarde en que estaban Federica y su madre haciendo labor, se sintió esta algo enferma. Dirigióse al lecho, y la niña asustada llamó á los vecinos, que se hicieron los sordos, porque la enfermedad era contagiosa.

Solo una viejecita acudió al llamamiento.

A las dos horas Federica procuraba reanimar con sus besos el cadáver de su madre.

—Vénte conmigo, niña, la dijo la vieja: la enfermedad es contagiosa y puedes morir tú tambien.

La niña se sonrió y se abrazó con mas fuerza á su madre.

A poco rato le atacó tambien la enfermedad, y siguió sonriendo á pesar de sus dolores.

—¡Dios mio! murmuraba, mi madre estará á tu lado, me lo dice el corazon... á mí tambien me acogerás muy pronto, porque no querrás separarme de ella... voy á morirme.... Concédeme una gracia... Salva á la pobre Marta! Sálvala, Dios mio!

Federica espiró sonriendo.

En aquel momento sintió Marta que desaparecia el peso que la tenia oprimida. La cueva saltó en pedazos, dando un horrible estallido, y sintiéndose la niña convertida en espíritu impalpable, se lanzó á los aires.

Las almas de Federica y Marta se encontraron en el espacio, y juntas entraron en la mansion de eterna ventura.

IGNACIO VIRTO.

RESEÑA MUSICAL.

Con tan caritativo objeto, como envidiable resultado, la SOCIEDAD ARTISTICO-MUSICAL DE SOCORROS MUTUOS inauguró la série de sus cuatro conciertos ofrecidos, el 23 del mes actual. Verificóse esta notable y verdadera solemnidad en el gran salon del REAL CONSERVATORIO DE MUSICA Y DECLAMACION, lleno de una inmensa concurrencia en que se veia lo mas apasionado é inteligente de la córte respecto del arte divino de Mozart. El éxito de esta artística funcion no ha podido ser más legítimo y brillante: durante la misma lo atestiguó el entusiasmo con que se aplaudió en casi todos los momentos, entusiasmo que en algunos de éstos rayaba en el frenesí; hoy lo manifiesta el placer exquisito con que recuerdan aquella solemnidad cuantos tuvieron la pura dicha de presenciarla.

No con el acierto y la detencion que merece, sino superficialmente y con pálidas frases que no podrán pintar tan poética fiesta, vamos á trazar una rápida reseña de la misma. Oblíganos á lo primero la brevedad del espacio de que disponemos y nuestro carácter de narradores no críticos: condénanos á lo segundo la dificultad de hacer á las palabras intérpretes de ciertas emociones vagas y puras del alma, que se sienten y no se explican.

Dos partes tuvo el *Concierto*, subdivididas en otras muchas.

Comenzó en buen hora la primera con una *sinfonia* compuesta por Mercadante sobre motivos del *Stabat* de Rossini.—Esta obra apenas conocida en Madrid, á no ser por escaso número de profesores y aficionados, puede considerarse como magistralmente

hecha, tan sábia para aquellos como agradable para éstos. Los pensamientos melódicos que le sirven de fondo están escogidos con tino, distribuidos con gusto y admirablemente entretajidos. Por otra parte, la orquesta que la tocaba, compuesta de muchos distinguidos profesores, y habilísimamente dirigida por el señor Gaztambide, supo darle hasta las más delicadas medias tintas. Así no es de estrañar el éxito de esta sinfonia, por sus ideas fundamentales, por lo bello de su estructura, por los artistas que la ejecutaban y por la direccion que le imprimia el maestro.

Siguió una hermosa y notable *Secuencia*, tomada de la Misa de *Requiem* del sabio compositor español y Director de la Real Capilla D. Hilarion Eslava. Los cinco versículos que se cantaron, expresados por medio de científicas y diversas combinaciones de los coros, excepto el tercero de aquellos que constituia un duo de contralto y tenor, fueron recibidos con mucho aplauso por su grandiosa cuanto correcta composicion, y por el tono vigoroso y bíblico que en ellos domina. Sobre todo, el último de los cinco, *Confutatis maledictis*, apareció revestido de superior grandeza y fué el más estimado de todos.—La señorita doña Manuela Checa, alumna y segundo premio del Conservatorio, y el señor Oliveres tenor de la Real Capilla, desempeñaron el referido duo, y lo desempeñaron con mucho acierto.

Tambien con suma fortuna fué cantado á continuacion otro duo muy bello y popular, á saber, el de tiple y contralto del *Stabat* de Rossini. Ejecutáronlo la señorita doña Elena de Prendergast y la señorita doña María Cortina, y tan airozas salieron de su empeño estas distinguidas aficionadas, que al concluir fueron saludadas más de una vez con una salva ruidosa de aplausos.

Una *Fantasia religiosa*, original del señor Eslava, fué despues tocada en el órgano por el conocido maestro D. Ignacio Ovejero, no sin conseguir éxito agradable.

Por último, para cerrar dignamente la primera parte de este notable concierto, la señorita doña Agustina Lanuza interpretó con fé y entusiasmo el *Ave María* de Gounod, esa sublime inspiracion melódica infundida por el autor francés en el primer *preludio* de Sebastian Bach; ese aposionado apóstrofe que tanto conmueve al que lo escucha. La señorita Lanuza se vió dulcemente obligada por los aplausos á repetir el *Ave María*. En ella, además de la orquesta, le acompañaron la jóven, ilustrada y notable aficionada señorita doña Laura Orfila, y el conocido é inteligente maestro señor Inzenga; aquella al piano, así como éste al órgano.

Unos dulcísimos y admirables *Kiries* de la *Misa* compuesta por Cherubini para la coronacion de Carlos X de Francia, inauguraron felicísimamente la segunda parte del concierto. Esta pieza, superiormente

te desempeñada, es tan elegante, tan elevada, tan perfecta, que no sabemos cómo elogiarla. Es de las que necesitan oírse para apreciarse.

Composicion no tan inspirada, ni propia como era de esperar fué una de las *siete palabras* compuestas por Mercadante que cantó en seguida D. Antonio Guallart, individuo de la Real Capilla.—Apenas terminada, dijo un oyente, hombre de clarísimo ingenio, que «después de Haydn, á nadie debía serle lícito decir una *palabra* más.»

Con energía, y conquistando aplauso nutrido, cantó un *aria* del citado *Stabat* la señora doña Elisa de Lujan; pero perjudicó á su triunfo el éxito ruidoso, frenético, universal que alcanzó la pieza subsiguiente. Aludimos á la *Sinfonía* de la ópera de Meyerbeer *Le pardon de Ploermel*. Son tan eminentes la composicion de esta obra, la ejecucion de la orquesta y la direccion del señor Gaztambide que no podemos, ni sabemos, ni intentamos elogiar estas tres circunstancias dichosamente reunidas. Allí aplaudimos con delirio, aquí callamos por impotencia de expresarnos.—Quien juzgue hiperbólicas nuestras palabras, que oiga la sinfonía, y decida.

Toda la belleza superior de la *romanza* del *Guillermo Tell* que empieza *Sombre Forêt*; toda la delicadeza y gusto con que la interpretó la señora de Prendergast fueron menester para que después no quedaran sin efecto la inspiracion del compositor y la ejecucion de la cantatriz, cuando todavía resonaban las palmadas del loco triunfo anterior.—Víctima de éste fué tambien en cierto modo D. Eduardo Compta que á continuacion ejecutó una *Melodia sin palabras* del inspirado Mendelssohn y un *Staccato* de autor desconocido. Sin embargo fué aplaudido, porque el señor Compta es un pianista de relevantes cualidades.

Cerró el concierto un sencillo y precioso *Motete* á voces solas, de un autor del siglo XVI.—Su gravedad y perfeccion sumas cautivaron al auditorio que lo despidió entre palmadas de admiracion. ¡Digno fin de aquella solemnidad!

Y aquí nos vemos forzados á detenernos.—Al terminar esta reseña damos nuestro sincero y entusiasta parabien á todos los señores profesores y notables aficionados que han tomado parte en tan excelente sesion musical; al señor Gaztambide que con tan raro acierto llenó su envidiable cargo de Director, y á nosotros porque vemos en nuestra patria un verdadero renacimiento musical. ¡Cuánto nos alegraríamos hoy de llamarnos Meyerbeer ó Rossini para dar autoridad á nuestras profanas alabanzas!

ANTONIO ARNAO.

MODAS.

Explicacion del FIGURIN de detalles núm. 664, bis.

NUM. 1. TRAJE DE NIÑO DE CUATRO A CINCO AÑOS.—*Vestido* de piqué blanco ó de poplin de Irlanda. El cuerpo es liso por delante con pliegues en la espalda, y una sisa á cada lado del delantero; el escote lleva un encañonado: la berta está cortada de una sola pieza, y sus picos galoneados de cinta de terciopelo, con otra encima un poco mas estrecha: el cinturón tiene el mismo guarnecido. La manga es ancha y de bullón, con pliegues en la sangría. *Falda* armada á tablas anchas, con picos en el bajo.

NUM. 2. *Gorra* de tul blanco, para vestir. El ala es redonda, el fondo flojo, y sobre este cae una blonda negra ancha, á la que se mezcla por delante un lazo de cinta, y á los lados flores y cintas color de rosa.

NUM. 3. *Sombrero* de tul moteado, con el ala y bavolet de terciopelo. Sobre el fondo, ligeramente caído, se extiende una toquilla de blonda, sujeta con un lazo de cinta lila, núm. 16, y unas bridas echarpes, que nacen del mismo. El ala y bavolet van guarnecidos de un rizado de la misma cinta.

NUM. 4. *Toquilla* con fondo de aplicacion, de punto de Inglaterra, con guarnicion de lo mismo.

NUM. 5. *Gorra* á la catalana, adornada de una toquilla compuesta de dos blondas anchas, una blanca y otra negra. Un nudo de cinta verde, con cuatro lazadas caidas, se coloca encima, y á la parte de adelante, sobre el pelo, un rizado de blonda blanca con un grupo de flores de terciopelo rosa, con hojas verdes en su centro.

NUM. 6. *Toquilla* de tul de seda blanco, guarnecida de blonda negra: en la parte superior forma tres bullones, rodeados de cinta azul y separados por entredoses. Por delante va guarnecida de un rizado de tul y blonda, con un ramo de rosas.

NUM. 7. *Cuello* al estilo de Luis XIII, compuesto de entredoses de guipur y de flores bordadas á plumetis, aplicadas sobre un fondo de tul de Bruselas.

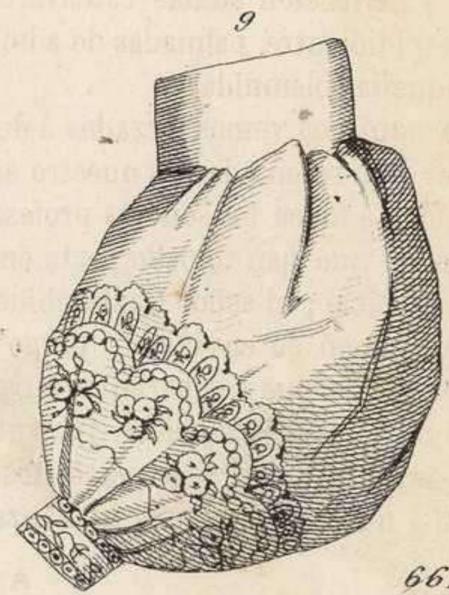
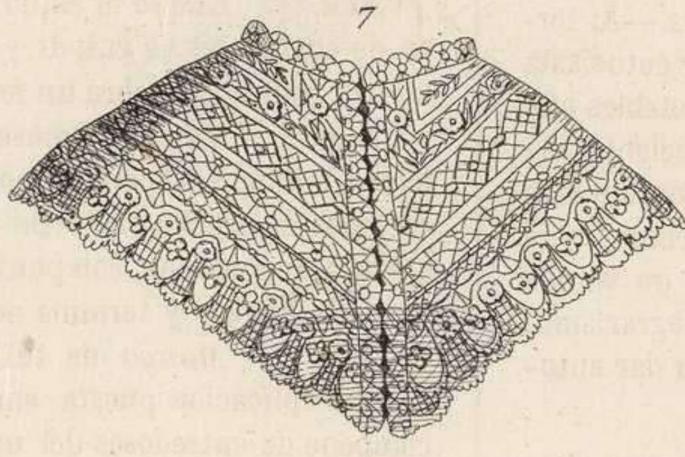
NUM. 8. *Manga* de muselina, adornada en el bajo con bullones, separados por entredoses bordados, y cortados de trecho en trecho por barras de entredoses de Valenciennes, con puntilla en las orillas. El puño es bullonado y termina en otro Valenciennes.

NUM. 9. *Manga* de tul de Bruselas, adornada de una aplicacion puesta encima del puño, que se compone de entredoses del mismo punto.

AURORA PEREZ MIRON.

Por lo no firmado: El Director

Y EDITOR Y PROPIETARIO—P. J. de la Peña.



664 bis

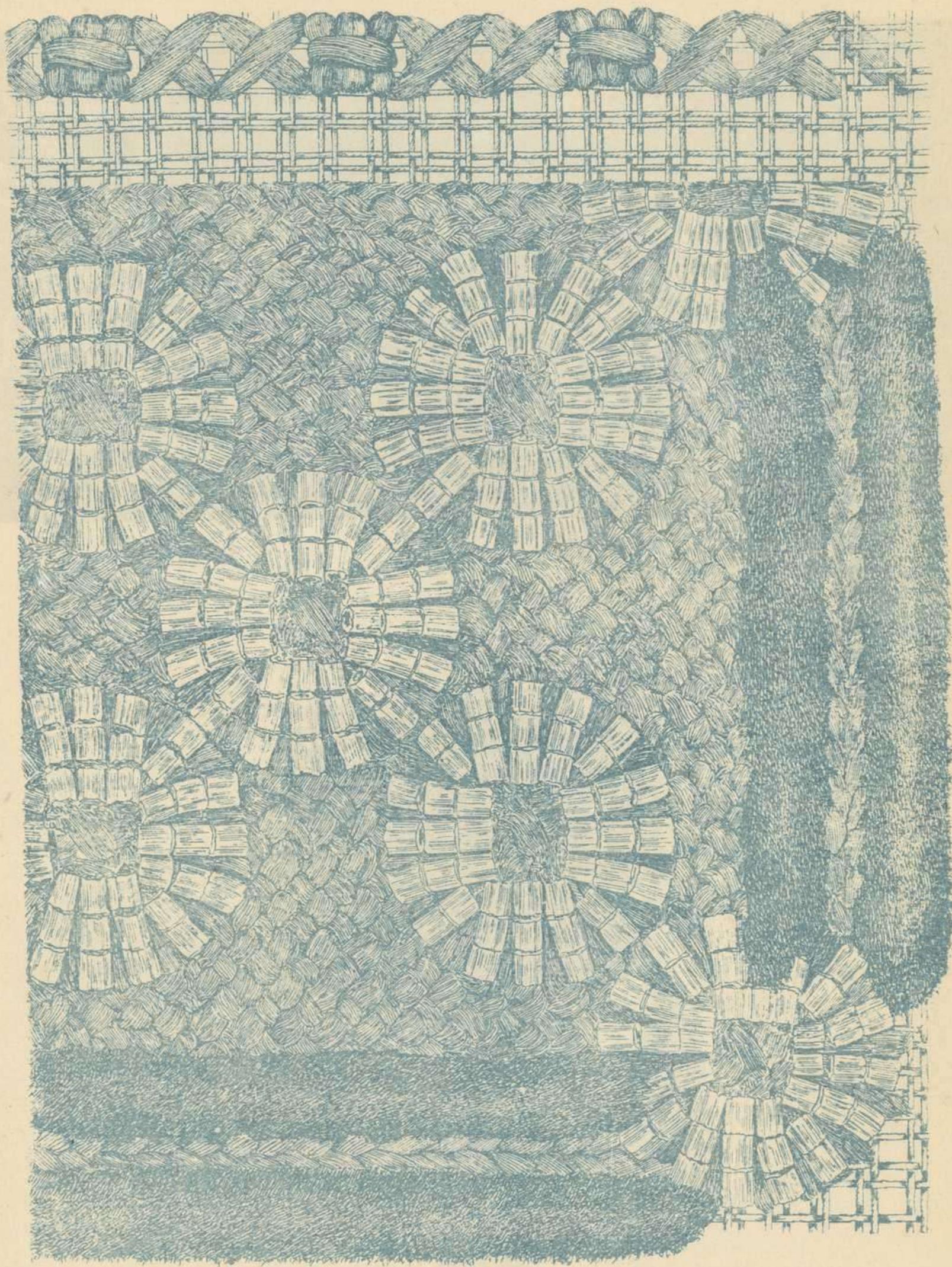
Engelbrecht et Favaud, Paris, r. St. Elisabeth

LE MONITEUR DE LA MODE

Paris, Rue de Richelieu, 92.

Haute Lingerie de la Maison Colas, rue Vivienne, 47.

Costume d'Enfant de la M^{me} Pauline. Rover, r. de Rivoli, 186.



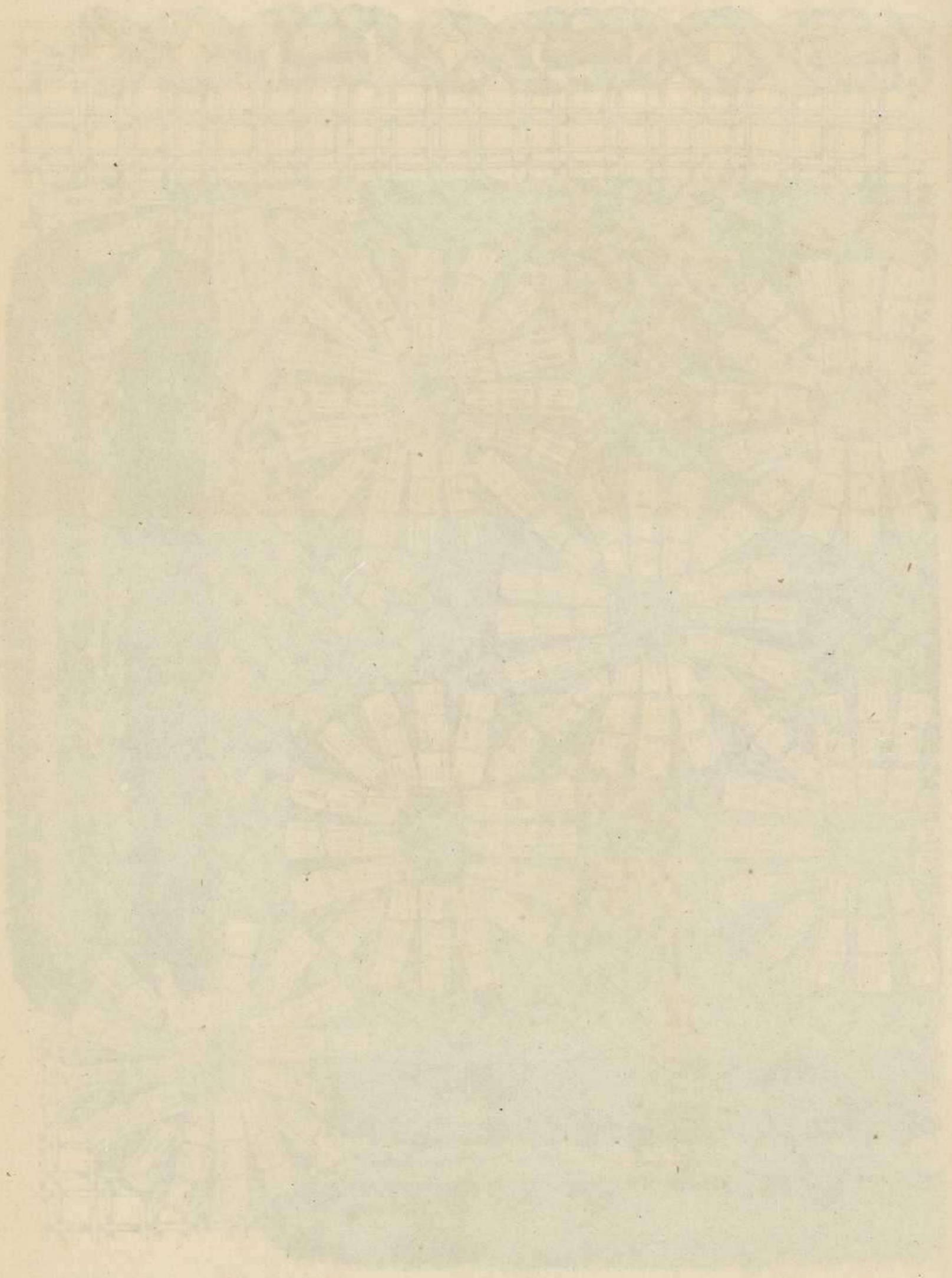
Marzo de 1862.

Lit de Aragon.

Correo de la Moda.

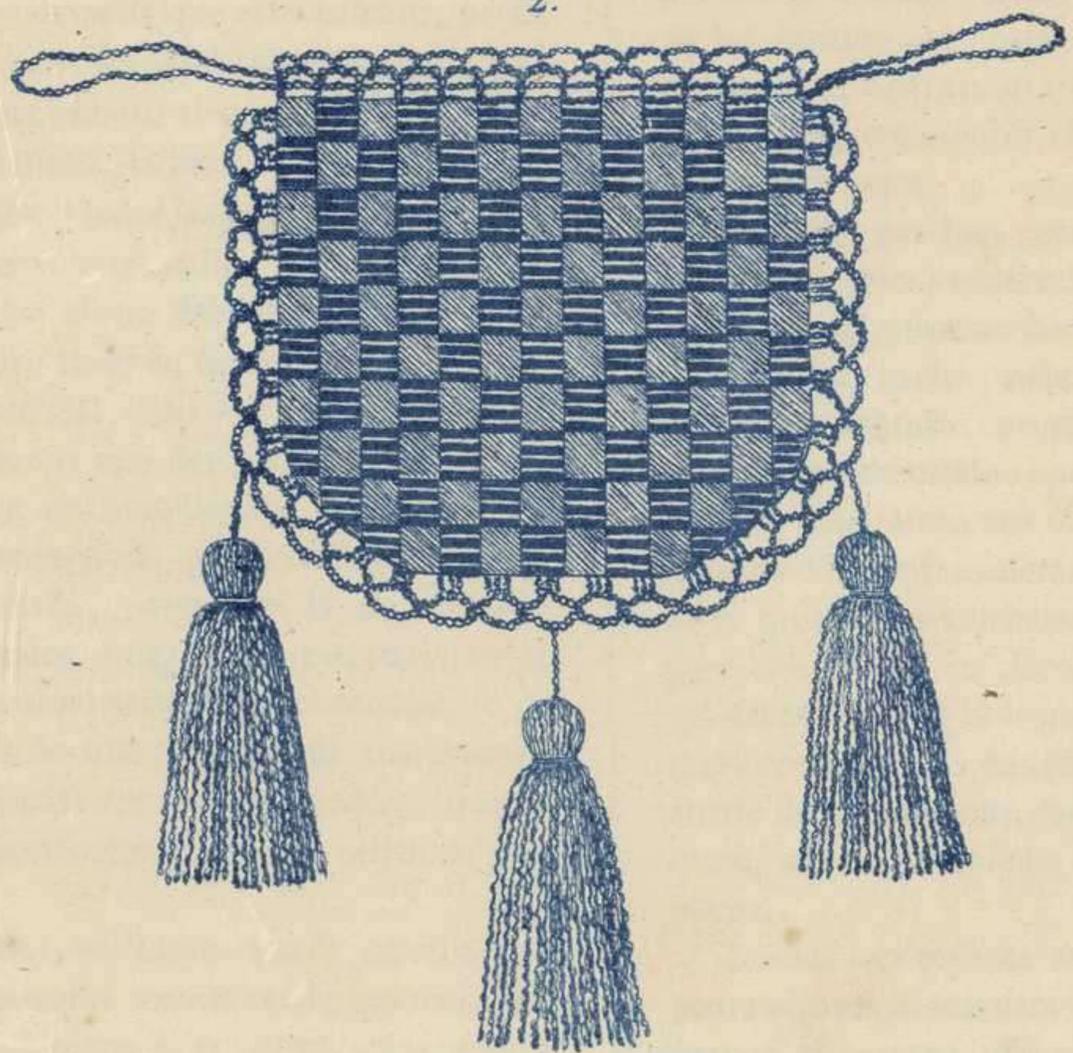
Calle de Lope de Vega 10.

MADRID.





2.



Marzo de 1862.

Lit.^o de J. Aragon.

Correo de la Moda.

Calle de Lope de Vega 10.

MADRID.

